

**LITERATURA POPULAR DE HUEHUETENANGO,
GUATEMALA
OTROS TESTIMONIOS ORALES DE UNA MUESTRA***

1. EL ORIGEN DEL SANTO PATRONO EN SAN PEDRO JOCOPILAS

(1-T de G)

"Hace ya muchos años, llegaron al lugar que hoy se conoce con el nombre de San Pedro Jocopilas muchas personas para quedarse ahí. Dado que eran muchos formaron un pueblo, en donde además de sus casas, construyeron una iglesia para adorar una imagen cristiana que deseaban conseguir pero no sabían por cual decidirse. El pueblo estaba muy bonito, pero no había sido bautizado con el nombre que hoy tiene ni con ningún otro.

Pero sucedió que cierta vez un señor del pueblo, andaba en una montaña cercana, precisamente en el lugar llamado **Sak'rip'al** (no tiene traducción al castellano), en busca de un árbol grande para hacer leña, la cual necesitaba para hacer fuego en su rancho y hacer sus alimentos. Después de haber recorrido gran parte de la montaña encontró el árbol que buscaba, del cual pensaba sacar buena leña.

Empezó a botar el árbol y cuando ya caía y se inclinaba sobre uno de sus lados, vio caer a sus pies un escarapate, que de una de las ramas altas se había desprendido. El árbol cayó y el leñador asustado pudo apreciar que dentro del escarapate se encontraba una imagen en la que reconoció a San Pedro.

* Las leyendas y cuentos que se publican en la sección testimonio de la revista **Tradiciones de Guatemala**, forma parte de una muestra de literatura popular del departamento de Huehuetenango, Guatemala, publicada por Celso A. Lara Figueroa en el boletín **La Tradición Popular** No. 69/69, pp. 5-12.

Por razones de espacio en el Boletín no fue posible incluir todo el material recopilado. Estos testimonios, por tanto, completan la muestra. De tal manera que todo el andamiaje teórico y técnico de estas versiones orales está expuesto en dicho trabajo.

Vid. Celso A. Lara Figueroa, "Literatura popular de Huehuetenango Una muestra", en **La Tradición Popular**, 1988 (68/69): 2-12.

El señor se asustó ante aquella aparición maravillosa y al recuperar la serenidad, se aprestó a alzar el escaparate para llevarlo al pueblo, pero no lo logró porque no tenía muchas fuerzas. Por ello se apresuró a llegar a su pueblo en donde contó lo que había ocurrido. Toda la gente lo oyó con atención y creyó en sus palabras, pues era un hombre respetable. Entonces varios vecinos se dirigieron al lugar en donde estaba el escaparate, llevando candelas, incienso y quemando cohetes. También fue una marimba que tocó en todo el camino.

Entre varios hombres alzaron el escaparate y lo transportaron con gran seriedad hasta el pueblo; al igual que el señor todo el vecindario reconoció en aquella imagen a San Pedro y dispusieron que fuera su Santo Patrono. Ese mismo día colocaron la imagen en el templo que ya tenían construido, y no le hicieron más ceremonias por el momento.

Al día siguiente, al amanecer todo el pueblo se dirigió a la iglesia a visitar la imagen del Santo Patrono, pero cuando llegaron se sorprendieron de no encontrarla en su sitio. Fueron entonces a buscarla por todo el pueblo pues suponían que se la habían robado. Como no apareció, se fueron al lugar en donde había aparecido al señor y allí la encontraron.

La transportaron nuevamente hasta el pueblo y mandaron a decir una misa; con ello San Pedro quedó complacido y se quedó en el pueblo, y desde entonces reconocieron a San Pedro como su nahual y le dieron su nombre al pueblo."

Juan Chumán Calé. San Pedro Jocopilas.

2. EL ORIGEN DE LA SANTA PATRONA EN MALACATANCITO

(2-T de G)

"El pueblo de Malacantancito se fundó antes en la aldea que se conoce hoy con el nombre de San Ramón. En ese entonces no era más que un caserío pequeño en el que un día apareció una imagen de la Virgen Santa Ana. Quienes la encontraron se convirtieron en sus devotos y como el caserío iba en aumento, muchas otras gentes se unieron a su adoración y le levantaron un templo al cual llegaban a adorarla y a pedirle protección.

Pero el pueblo tuvo que ser trasladado a otro lugar, en donde hoy se encuentra (no me acuerdo ahora por qué se cambiaron de lugar), pero se llevaron todas sus cosas, lo mismo que la imagen de Santa Ana; pero a la

Virgen no le gustó el cambio y varias veces desapareció del lugar en donde la ponían, volviendo a aparecer en el caserío de San Ramón. Entonces los **chimanes** rogaron a la Virgen que los acompañara porque la necesitaban para que velara por todo el pueblo. La Virgen aceptó el traslado y ellos le levantaron una nueva iglesia.

Pero prácticamente el caserío San Ramón quedó abandonado porque las pocas gentes que siguieron viviendo allí, como no tenían ninguna imagen que adorar, no llegaban a la iglesia y lo dejaron abandonado. El tiempo lo destruyó, ahora existe sólo uno de sus muros, está en ruinas."

Antonio Cruz Siquibaj, Malacatancito.

3. EL ORIGEN DEL SANTO PATRONO EN SAN ANTONIO HUISTA

(3-T de G)

"El pueblo que se llama San Antonio Huista, antiguamente apenas si era un caserío. Por ese tiempo unos ancianos encontraron una imagen de San Antonio, en el paraje llamado "cementerio viejo", a medio kilómetro del poblado. Regaron la noticia y todo el pueblo tomó camino al lugar a cerciorarse con sus propios ojos de la aparición de la imagen.

Como ya sabían que los "santos" existían, no quisieron dejar abandonado a San Antonio y lo llevaron al centro del caserío, en donde levantaron una iglesia. Desde esa época fue nombrado San Antonio patrono de la comunidad.

Poco a poco fue llegando más gente que venía de otros lugares a vivir al caserío y entonces, todos juntos fundaron un pueblo al que llamaron San Antonio Huista, en honor al santo patrono encontrado.

Viviano Chij Sáenz, San Antonio Huista.

4. JUAN CENIZO

(4-T de G)

"Pues Juan Cenizo era un pastor de coches. Tenía unos sus coches chiquitos y entonces, una vez en una ciudad iba con sus cochitos a vender cuando halló a la hija del rey en el tapanco de la casa. Entonces Juan Cenizo

llevaba un su pitío, iba silbando el pito para ver quien le compraba coches cuando la hija del rey salió a la terraza:

— Juan Cenizo —le dijo.

— ¿Qué?

— ¿Vendés los cochitos?

— Sí —le dijo—. ¿Quiere uno?

— Sí.

Entonces ella estaba arriba y él abajo estaba mirando aquel tapanco. Entonces le miró unos tres lunares que tenía la hija del rey en una pierna. Él estaba en la calle, la princesa pues estaba arriba, entonces cuando se quedó viendo así, para arriba entonces tenía tres lunares en una pierna. Juan Cenizo era puro patojo, entonces ya después iba creciendo. Todos los señores de alto pisto enamorados de la princesa. Entonces hubo una reunión en un gran salón, que a ver quien adivinaba qué lunares tenía la hija del rey en la pierna tal.

Bueno, entonces estaba la gran reunión cuando Juan Cenizo andaba paseando en la calle, cuando vio la movida, se fue arrimando, pero como él era pobrecito no le dejaban entrar.

— Buenas tardes —les dijo.

Y estaba el rey:

— ¿Qué deseaba, joven?

— Yo oí que tienen una sesión los altos señores de dinero por una adivinanza que tienen de por medio y por eso me vine arrimando por aquí.

— Ah, quitate vos de aquí, vos no sabés nada.

— Pues que sí sé.

Ah, se opuso. Y los altos señores con la intención pues de adivinar y entonces le dijeron que pasara adelante Juan Cenizo:

— Bueno, siéntese allí, señor ¿cómo supo que había una reunión aquí?

— Pues yo andaba paseando por la calle que había una reunión y que estaba una adivinanza que la hija del rey tiene tres lunares en la pierna tal.

— Ah, ya vas a ver vos, quitate de aquí, quitate de acá.

Lo estaban retirando:

— Pues no, vamos a ver —dijo el rey— si Juan Cenizo les gana ustedes se van a la punta porque ni van a pensar que él les va a ganar.

(El rey no sabía que él iba a ganar). Entonces:

— Bueno, paráte Juan Cenizo —le dijeron—. ¿En qué pierna tiene los lunares mi hija?

— Pues en la pierna tal.

— ¡Muerto el gallo! —les dijo—. Juan Cenizo les ha echado el agua — les dijo el rey— sin saber yo ni cómo sería, ni cómo, ni cuándo. Así es que hoy terminó el gallo, y así es que Juan Cenizo ganó.

Pues estaban bien enojados, que el que menos se pensaba, había ganado. Entonces no estaban muy conformes, entonces ya dijo el rey:

— Ustedes estaban inconformes porque no pensaba que yo les iba a poner punto, pero hagamos otra cosa por ver quién gana, a ver cómo sale. A la noche —dijo— vamos a dejar a mi hija en un salón, y uno de ustedes el de más alta categoría se queda también allí y Juan Cenizo.

Entonces este Juan Cenizo se fue a tomar un frasco de perfume, y el otro se había pasado de frijoles (el de los altos), se había pasado de frijoles. Entonces ya a las tres de la mañana llegó el rey y los demás del grupo de la sesión que tenían allí, entonces dijo el rey:

— Con el que esté abrazada mi hija —dijo— con él la voy a casar.

Entonces el otro de alta categoría se zurraba, se zurró, estaba hediondo todo a mierda. Y entonces el otro, el Juan Cenizo como se tomó un frasco de perfume se repetía como cuando uno se toma un trago, entonces, bueno, cuando quitaron llave y todo el grupo allí, no estaban contentos que era aquel pobre todo hecho mierda allí, ¡quién iba a creer!

— Bueno, señores —dijo (el rey)— voy a quitar llave. Tomen nota con

quien estaba abrazada mi hija.

Cuando vieron con Juan Cenizo bien abrazado (estaba la princesa).

— Bueno, ya está —dijo (el rey)— Juan Cenizo ha ganado, así es que mañana le hago el casamiento a Juan Cenizo, le quitó esos **capishayes** que tiene y Juan Cenizo ha ganado y con ese se casa mi hija.

Allí terminó (el cuento).

Agustín Salazar López. San Antonio Huista.

5. LA FORMA DEL MUNDO

(5-T de G)

“Dice que estaba un pobrecito que no hallaba ni como pasar la vida, y tuvo por noticias que estaba un rey que le daba posición al que ya no hallaba cómo pasar su vida. Pero el pobrecito no sabía qué era lo que el rey pensaba. Se fue de desesperado, que no hallaba ni cómo pasar su vida. Llegó al rey y es que le dijo:

— Señor rey (vengo), yo sé que **usted** cuando hay un pobrecito que no puede pasar ya la vida, **usted** le da un lugar para que tranquilice su vida y que deje de sufrir de lo que ha pasado en su vida.

Le dijo el rey:

— Sí, hijo, yo te quitaré de esos trabajos, de lo que andás sufriendo en tu vida y te pondré en un lugar donde vas a descansar.

Pero el pobrecito todavía le faltaba saber cuál era (la) condición del rey.

— Bueno, hijo, quiero que me digás, nada más para mandarte a poner en un lugar en donde vas a pasar tu vida suave.

— Sí, señor rey, y ¿qué es lo que **usted** quiere que yo le diga?

— Me vas a decir cuál es la forma del mundo.

El pobrecito se quedó muy sorprendido y al momento le dijo:

— Señor Rey, voy a ver si puedo saber(lo).

— Bueno, te doy tres días de plazo. Si a los tres días no me lo vas a decir, te mandaré a quitarte de trabajos, te quitaré de una vez la vida para que dejés de sufrir.

El pobrecito se quedó sorprendido que ya le iban a quitar la vida porque él daba, que no iba a ser capaz de **decirle** la pregunta que le hacía el rey.

Se fue el pobrecito ya en busca de un gran estudiante para ver si le podía **decir** la forma del mundo. **Allegó** con un gran estudiante. Le preguntó:

—No hijo, yo ya estudié bastante, pero nunca he **allegado** a saber cuál es la forma del mundo.

Se pasó el pobrecito. Llegó a una ciudad. Buscó un cura, se fue y le preguntó. Le dijo el cura:

—Hijo mío, yo ya estudié la Biblia, pero no he podido encontrar la forma del mundo.

Se fue, el pobrecito, ya llevaba dos días, le quedaba un día nada más de sentencia. Encontró en un pueblo un viejito y le dijo al viejito:

— Señor, quiero que me diga usted, **usted** que ya es viejito **usted** tal vez ya llegó a saber cómo es la forma del mundo.

— Sí, hijito, ¿querés saber la forma del mundo?

— Sí.

— Hijito, yo ya estuve viviendo muchos años y nunca he podido saber la forma del mundo.

Se pasó el pobrecito. En una parte silenciosa, dentro de una montaña. Allá estaba un bolo dentro de un lodazal tirado, que no podía ni pararse de bolo. Cuando iba el pobrecito y **vido** el bolo, allá donde estaba él tirado dentro el lodazal, le pegó un grito:

— ¿A dónde vas?

No le hizo caso el pobrecito, iba apenado que ya un día le quedaba de vida, salió siempre corriendo el pobrecito y le gritó el bolo:

— ¿Dónde vas te digo?

Le volvió a decir el bolo:

— Vé, ¿qué penas llevás?

Le contestó el pobrecito:

— Vé, vos no me has de decir las penas que yo llevo.

— ¡Já! el bolo se tiró una risada y le dijo:

— ¡Já! y qué penas llevás, yo te las digo:

Entonces vino el pobrecito, se quedó parado y le dijo:

— Si me dijeras las penas que yo llevo, te pusiera atención.

Se tiró otra risada el bolo allí donde estaba tirado entre el lodo. Que caía, se iba entre la poza de lodo, caía para el otro lado, la misma cosa. Estaba todo enlodado. Entonces le dijo el bolo:

— Querés saber, que yo te diga. Yo te sacaré de las penas que llevás.

Vino el pobrecito, regresó ya y se dirigió a donde estaba el bolo:

— ¿Y qué penas llevás?

— ¡Ay, callate! Las penas que llevo que ya un día me queda de vida.

— ¿Y eso por qué?

— Porque llegué con el rey y soy muy pobrecito, y sabía yo que el rey sacaba de penas a uno y lo ponía en un lugar a descansar sin trabajar uno. Yo fui, entonces el rey sí me dijo que sí, (pero) que le dijera yo primero cuál era la forma del mundo.

El bolo se tiró una risada y el dijo al pobrecito:

— ¿Y esas penas que llevás? Vení te voy a decir que la forma del mundo.

— ¿No sabés cuales son las formas del mundo?

Se tiró otra risada el bolo.

— Eso te lo voy a **dicir** ahorita.

Se dirigió el pobrecito al bolo.

— Bueno, quiero que me digás pues la forma del mundo, porque esa es la sentencia que tengo, de mi vida.

— Ah, bueno, no tengás pena. Entonces esa es la sentencia que **tenés**?

— Sí.

— Ah, bueno, te voy a **dicir** cuál es la forma del mundo.

— Es lo que quiero saber. Porque es la sentencia de mi vida.

— Bueno, ve, ¿Ya ves como estoy aquí?

— Sí.

— Estoy hecho una mierda. Mirá como estoy. Estoy aquí, hecho una mierda estoy. Y así es la forma del mundo, la forma del mundo es una pura mierda, porque la forma del mundo es así unos para arriba, otros para abajo, otros muriendo, otros naciendo, otros queriéndose, otros descasándose y así es la forma del mundo. El mundo no tiene derechura, esa es la forma del mundo y así es que la forma del mundo es una pura mierda.

Se regresó el pobrecito con lo que le dijo el bolo y lo que llevaba presente, lo que le había dicho el bolo. Ya ni se acordó el pobrecito de sacar al bolo del lodo, allí se quedó el pobre bolo dentro del lodo, el pobrecito regresó y se fue al rey.

Ya él iba consentido que ya llevaba ya la sentencia presente, que se iba a librar.

Al **allegar** con el rey:

— ¿Ya venís, hijo?

— Ya, señor rey.

— Bueno, ¿**encontrastes** la forma del mundo?

— Sí, rey, la encontré.

— ¿Cuál es la forma del mundo?

— Señor Rey —le dijo el probrecito a conforme el bolo se lo había dicho— Señor rey, la forma del mundo es una pura mierda, porque unos para arriba otros para abajo, otros muriendo, otros naciendo, otros peleándose y otros así. Esa es la forma del mundo.”

Baldomero Ríos Argueta. Soloma.

6. EL PASEO DE SAN JUAN Y SAN PEDRO (CONTINUACION)¹

Agarraron camino, por allá le dijo Juan a Jesús...

— Ay, cómo fuistes a hacer eso vos, de cobrar tan barato. ¿y cuánto nos vas a dar a nosotros?

— Ah, a ustedes les toca cincuenta, y cincuenta a vos.

— ¿Y los otros cincuenta?

— Eso vamos a ver más enseguidita.

— Después de tener gran pistolón ahí que nos hubiera dado el rey, agarrar sólo este poquitío. No digo yo que de balde aprenden sus cosas.

¡Bravos estaban los otros! y siguieron caminando. Por allá estaba un cabro, hallaron un cabro y lo mataron, lo pusieron a asar y, bueno lo abrieron y le sacaron todos los menudos.

— Los menudos me los apartan, porque esos son para mí, lo demás pueden comer.

— Vaya, está bueno, pues vos **ai** regresás luego.

Y se fue Jesús. ¡Qué! si fue lo primero que hicieron Juan y Pedro, se comieron los menudos, uno de ellos fue el que se lo comió y no le dijo nada al otro. Cuando llegó Jesús dijo:

— ¿Ya se comieron el cabro muchá?

1. Por razones de espacio, esta narración y la siguiente, debieron ser publicadas en el Boletín *La Tradición Popular* No. 68/69. Para completar la muestra de literatura popular de Huehuetenango, aquí se reproducen y completan.

— Ya.

— ¿Ya me apartaron los menudos?

— Ese cabro no tenía —le dijo Pedro.

— ¿Cómo no iba a tener menudos el cabro?

— No tenía, hermano, ese cabro sin menudos salió.

— Ah, ¿cuándo no iba a tener menudos el cabro **muchá**?

— Mirá, hermano, ese cabro no tenía menudos.

— Ah, no puedo creer que no haya tenido menudos.

— Pues, no tenía. Seguro que no tenía, estaba limpio de adentro.

— Vaya, pues.

Y tuvo que comer del resto Jesús. Terminaron de comer y se fueron. En eso dice que Jesús les dijo:

— Bueno, **muchá**, aquí nos vamos a separar, porque yo tengo que ir a hacer otra cosa y ustedes tal vez tienen que hallar otro camino, pero yo me voy a separar de ustedes, tal vez nos juntamos más adelante.

— Está bueno pues vos, y ¿los cincuenta quetzales no los vas a repartir con nosotros?

— Esos van para el que se comió los menudos del cabro.

— Yo me los comí, vos —le dijo Pedro.

— No, yo fui el que me los comí —le dijo Juan.

— No, hombre, si yo fui el que me comí los menudos del cabro.

Y va de estarse allí alegando por los menudos del cabro que uno se los había comido y que el otro. Al fin les dijo Jesús:

— Bueno, agarren la mitad cada uno, veinticinco cada uno.

Así quedaron conformes y se separaron. Se fue Juan y Pedro por un

lado. Por allá dice que llegó Juan y Pedro a una ciudad donde estaba un rey y lo mismo estaba de luto, porque la princesa se había muerto.

— Ajá —le dijo— mirá vos aquí se murió una princesa también, mirá esos cartelones ¿qué decís vos, no te animás a hacer aquello que hizo aquel? Si fue fácil, vos, sólo se metió entre las brasas y sacó las cenizas y allá apareció la princesa.

— Ah, yo digo que cuesta.

— No, si es fácil.

— Pues hagámoslo, si te animás.

Dice que, llegaron pues, donde vieron que estaba un cartelón en la puerta del palacio que decía: **"La mano de la princesa y la mitad del reino a quien la reviva"**. A pues, entonces llegaron con el rey y le dijeron:

— Señor, sabemos por los cartelones que se le ha muerto la princesa y que usted da la mano de ella y la mitad de su reino.

— "Sí, es cierto, y también dice abajo que el que no la reviva que "penas de la vida", será ahorcado.

Entonces, dice que:

— Señor rey, nosotros se la revivimos, ¿te animás vos?

— Si te animás vos, ¡sí!

— Si fue fácil meterla entre el fuego y sacarla.

— Ah, pues si te animás, hagámoslo, pues —le dijo.

— ¿Y qué necesitan para revivir a la princesa? —preguntó el rey.

— Necesitamos cuarenta carretadas de leña —le dijo.

Vaya, ordenó el rey que les juntaran cuarenta carretadas de leña.

— Vos, yo estoy temblando porque ¿y si no nos sale esa cosa? Nos matan.

— Ah, está fácil hombre, al nomás pegarle fuego y mirar las llamaradas,

agarramos a la princesa y la tiramos, la tirás vos primero y yo **voa** sacar las cenizas.

— No, si yo la tiro, yo voy a sacar las cenizas y si en caso no me sale a mí, vos te metés.

Pues, casualmente, le metieron fuego al leñal y:

— Bueno, señor rey, dónde tiene a la princesa.

— Ahí está adentro acostada.

Y la fue a sacar en los brazos de Juan, y la agarró y la tiró entre las llamaradas de leña y se quedaron esperando que se terminara. Al rato, ya no había nada, ni restos de la princesa, todo era ceniza y brasa.

— Bueno, —dijo—, ahorita vamos a revivirle a la princesa, señor rey —le dijo.

Y agarró pues al tiempo que iba a entrar, pues, sintió lo caliente.

— Está muy caliente ésto, vos. Metete, Pedro, porque ahora ya nos comprometimos.

Y le hace viaje Pedro otra vez, pero donde sentía lo caliente no se animaba, se quemaba, ¡ja!

— Probemos —le dijo— poniendo ladrillos, a ver si logramos llegar poniendo allí tablas.

¡Ja! al poner tablas se quemaban, ponían ladrillos donde se les recalentaban venían de regreso. Total es que no allegaban al centro del fuego.

— ¿Bueno, la van a revivir o no la van a revivir?

— Ay, señor rey, no podemos revivirla porque no podemos entrar donde está el centro del fuego. Vamos esperar otro poquito.

Qué, pero cuándo se iba a enfriar todo, estuvieron espera y espera y espera. Al ver que nunca le podían entrar dijo el rey:

— Captúrenlos y los suben ahí a la horca.

Y los agarraron pues, ya los tenían con las manos estirados para arriba

y los pies amarrados abajo, que los iban a matar.

— Bueno —le dijo— ahora hay que ponerles un lazo en el pescuezo y darles el último **jalón**.

Cuando llegó Jesús y los fue a hallar allí que ya mero los ahorcaban:

— Bueno, **muchá** —les dijo— ¿y qué les pasó?

— Callate, que por esas tus babosadas que hicistes por allá, nos van a ahorcar porque nosotros quisimos hacer lo mismo y no nos salió, no le pudimos entrar a lo caliente. Ayúdanos, hermano, tal vez vos podés.

— Señor rey —le dijo— ¿si yo hago revivir a la princesa, usted les da libertad a ellos y cumple con su palabra que está ofrecida allí en el cartelón?

— Si pues, inmediatamente.

— Pues ahorita la voy a revivir.

Y se fue Jesús y se entró al centro del fuego sacó ceniza y la sopló y apareció la princesa. Ah, y aquellos contentos.

— Bueno, señor rey, **aí** está su princesa.

— Hola, ahora sí vamos a hacer **plata** vos, vamos a ganar bastante dinero con eso que **hicistes**.

— Bueno, señor rey, ya está cumplido el ofrecimiento, ya se la revivió.

— Bueno —le dijo—, hoy voy a cumplir yo también mi palabra.

— Es suficiente que nos dé sólo ciento cincuenta —le dijo. (Jesús)

— ¿Ciento cincuenta?

Aquellos se rascaban la cabeza. Y les pagó el rey los ciento cincuenta y se fueron.

— Bueno vos, de balde sabés tus babosadas, cómo vas a cobrar otra vez ciento cincuenta, si ya nosotros queríamos aquel **pistolón** hombre, ya que no tenés valor vos de cobrar, nosotros hubieramos cobrado. Si nosotros supiéramos lo que vos hacés, ya fuéramos ricos, no que tan tanto que sos, ¡cobrar ciento cincuenta! Ahora otra vez nos vas a dar cincuenta a cada uno.

— Sí pues ¿y para dónde?

— Lástima.

Y siguieron caminando y alegando.

— Bueno —les dijo—, yo, fíjense que cuando salí, traía permiso de ocho días y ya me toca retirarme.

— A mí también se me cumplen los ocho días de permiso.

— ¿Y en qué finca vivís, en qué aldea?

— Yo vivo en una ciudad muy lejos.

— Lo mismo yo también, yo creo que aquí nos vamos a separar los tres.

Ah, pues, se comenzaron a despedir y allegaron a un cruce de caminos; se dieron la mano y se fueron cada uno por su camino, hasta que llegaron allá al cielo otra vez convertidos como Juan y Pedro y les preguntó Jesús cuando llegaron:

— Bueno, San Juan ¿y qué tal te fue por la tierra?

— Ah regular, pero allá en la tierra hay mucha gente tonta porque hay unos que aprenden a hacer buenas cosas allá en la tierra pero no las aprovechan.

— ¿Y a vos, Pedro?

— A mí la misma cosa, me fui a dar cuenta de varias cosas, pero no saben hacerla por allá, por eso mejor me vine para acá, aquí si la justicia es recta, todo va bien.

— Vaya pues, váyanse a sus puestos, pues, a cuidar siempre lo que les ha tocado y aquí termina el cuento."

Esteban Cifuentes. Santa Eulalia.

7. LOS ANIMALES Y LOS DIABLOS

"Dicen que estaban dos niños, que eran huerfanitos, el patojo y la patoja.

La niña cuidaba un chompipe y el niño cuidaba a un gallo y se allegó el día que la luna estaba así de llena. Entonces el patojo le dijo a la niña:

— Hermanita, qué linda está la luna, vamos a estudiar una canción para irle a cantar a la luna.

El tenía una su guitarra que la andaba trinando... Estudiaron la canción para irle a cantar a la luna. Entonces se salieron caminaron. Al poco de caminar encontraron a una viejita y es que les dijo la viejita:

— M'hijos ¿para dónde van?

— Pues vamos a cantarle a la luna.

— Ay... m'hijos, ¿cómo será esa canción de linda que le van a cantar a la luna?

— Pues sí, fijese, está muy bien estudiada para cantarle a la luna.

— Quiero, hijitos, que la canten; quiero oír la canción.

Entonces le dijo el patojito a la patoja:

— Mirá, pobrecita la abuelita; a lo mejor quiere oír la canción que le vamos ir a cantar a la luna. La cantamos para que oiga la canción que le vamos a cantar a la luna.

Se puso el niño a trinar su guitarra y la patoja a la par para contestarle la segunda de la canción. Entonces dice el niño:

— Luna lunera, cascabelera²
cuatro toretes
par'una temera.

La viejita se quedó encantada de oír aquella canción:

— ¡Ay, qué linda la canción que le van a ir a cantar a la luna! Vuélvanta a repetir otra vez para oír esa canción tan linda que le van a cantar a la luna.

2. Don Mateo López canta sin acompañamiento. Dice que esta canción "pertenece al cuento" y que así lo aprendió de "un cabeza de pueblo", hace ma's de treinta años y cuyo nombre ha olvidado.

Transcripción de Enrique Hinojosa

"Canción para la luna"

Lun- na- lu me- va cas-ca- be - le va - can- to me- les- pa- ra- na- ter.

Bueno, la repitieron:

— Luna, lunera, cascabelera
cuatro toretes
par' una ternera.

La viejita se quedó encantada:

— Bueno, hijitos, ya tuve el gusto de oír la canción que le van a cantar a la luna, que les vaya bien.

Los patojos se fueron... y el chompipe que cuidaba la patoja se quedó perdido; el gallo del niño (también) se quedó perdido. Se fueron a andar a buscarse la vida; se fueron a una montaña y se perdieron también, ya no encontraron la llegada para la casa. Y los patojos caminaron y caminaron... a ver si encontraban la luna. No había cuándo encontrar a la luna. Y el gallo y el chumpe perdidos en la montaña.

Total que se encontraron con un gato, el chumpe y el gallo; y es que le dice el chumpe al gato:

— Oí vos, ¿qué hacés allí?

— Amigo —dice que le contestó el gato—, yo estoy aquí buscando mi comida, pero no quiere salir acá, donde lo estoy esperando.

— Ah, bueno, ¿y por qué estás por acá?

— Pues, amigos, yo por acá estoy porque mis dueños me correataron porque dicen que soy muy perjudicioso y donde quiera voy a meter la mano, y por eso me correataron. Por eso estoy por acá perdido.

— Ah, bueno, amigo, ya somos tres —(dijeron el gallo y el chumpe). Estamos perdidos nosotros también porque nuestros dueños nos abandonaron, ahora somos tres; andemos los tres juntos a buscarnos la vida.

Se fue... el chumpe y el gallo y el gato ya juntos. Al poco de caminar dentro de la montaña, se encontraron con un burro. Entonces le dice el chumpe al burro:

— Mirá vos ¿qué hacés por acá?

— Amigo, yo por acá estoy perdido y buscándome la vida, porque mis

dueños ya me echaron al campo de una vez porque ya no sirvo para nada, ya soy muy viejo, ya no les puedo servir y por eso por acá me ando buscando la vida.

— Bueno —dice el chumpe—, ya somos cuatro, ahora andemos juntos, nos vamos a buscar la vida.

Juntos los cuatro siguieron andando. Al poco de caminar dentro de la montaña, se encontraron con un perro. Entonces le dice el burro al perro:

— ¡Oí vos! ¿qué hacés por acá perdido?

— Estoy perdido buscándome la vida —contestó el perro.

— ¿Y por qué?

— Porque mi dueño —dice— ya me correató porque ya no soy capaz de salir al campo con él. Entonces me correató y estoy por acá perdido buscándome la vida.

— Ya somos cinco —dijo el burro— Bueno, andemos juntos, vamos a ver por dónde nos encontramos la vida.

Siguieron sus caminos dentro de la montaña; ya eran cinco. Luego **allegaron**, dice, a un peñasco muy grande, y se fueron pegando a la leña buscando a ver dónde encontraban comida. Pronto **allegaron**, dice, y alcanzaron a divisar una gran casa que estaba por el asiento de la peña dentro de la montaña. Entonces dice el burro; como era el más grande él ya disponía en el camino con los demás amigos. Dice el burro:

— Entremos, allá se ve una casa grande, entremos, tal vez que nos den algo de comer en esa casa.

Se fueron los cinco. Luego que iban **allegando** miraron que era una gran casa, un gran palacio se miraba, dice. En fin, ellos entraron y hablaron. Salíó una viejita y es que les dijo:

— Hijitos, ¿qué vienen a hacer aquí, aquí es la casa del rey de todos los diablos, ahorita no están, no está el rey de los diablos, todos se fueron —dice— a un paseo, mejor vean a dónde se van porque los diablos se los van a comer, ustedes no van a alcanzar para comida de todos los diablos —dice la viejita.

El burro se quedó pensando:

— Miren **muchá** dice— (el burro) ¡qué hacemos! porque nos van a comer los diablos.

Entonces dice el perro:

— ¿Por qué no hacemos una cosa? Esperemos a los diablos, ¿por qué no los asustamos? —dice el perro.

— ¿En qué forma? —dice el gato.

— Ah, en la forma que los vamos a asustar que cuando vengan nos vamos a esconder y vamos a salir haciéndoles una gran bulla, tal vez los diablos se asustan y se van y nos queda a nosotros el palacio, entonces vivimos en el palacio y ya somos dueños nosotros del palacio —contestó el perro.

Entonces contestaron los demás:

— ¡De veras que sí, hagamos eso!

Lo dispusieron muy bien. Entonces dice el burro:

— Bueno, entonces hagamos esta cosa: yo como soy más grande me voy a poner en la mera puerta del palacio, y vos perro —le dice— te ponés vos escondido en el patio del palacio; y vos gato te ponés en la mera gotera, enfrente donde yo estoy.

Ya eran tres los que estaban ya posicionados en el lugar. Entonces dice:

— ¿Y yo? —dice el chumpe ¿Onde me pongo?

— Ponéte —dice el burro— en aquella esquina del corredor del palacio.

— ¿Y yo? —dice el gallo.

— Ponéte vos allá —dice— en la otra esquina —dice el burro. Era el que estaba disponiendo.

Se acondicionaron en sus puestos, esperando que llegaran todos los diablos. Entonces dice el burro:

— Yo, cuando vengan ya entrando, yo voy a pegar un gritazo pero grande y les voy aventar de patadas. Entonces cuando pasen los diablos a donde está

el gato, vos pegás de gritazos y les vas aruñar las canillas a todos los diablos; y cuando pasen donde vos estás, entonces pegás de gritos también y les vas agarrar las canillas —le dice el perro.

— ¿Y yo? —dice el chumpe.

— Entonces, vos también pegás de gritos, hombre.

— ¿Y yo? —dice el gallo—.

— Entonces vos también. Pero vos chumpe —dice— en el grito que vas a pegar, vos decís que está gordo; y vos gallo, en el grito que pegués decís: "Tráiganmelo aquí".

Bueno, quedaron todos aposicionados y dicho cómo iban a asustar a los diablos.

Bueno, entonces estaban en espera de todos los diablos cuando miraron que iba el rey de todos los diablos adelante y todos los diablos a la par y el gran partidón por detrás. Dejaron que entraran todos los diablos; al tiempo que el rey de todos los diablos iba entrando, cuando sale el burro pegando de patadas y haciéndole una gran bulla, el burro pegándole de patadas y dice el burro:

— ¡¡Ooooo, Ooooo!! —decía el burro asustando a los diablos.

Entonces pasa donde estaba el gato:

— ¡Shrrásgenlo, shrrásgenlo, Shrrásgenlo! —es que decía el gato, rasguñándole las canillas a todos los diablos.

Entonces el chumpe cantó y gritó allá, y es que decía:

— Gordo, gordo, gordo, gordo, gordo, gordo —decía—.

Entonces cantó el gallo y es que decía:

— Tráaaiganmelo aquí, tráaaiganmelo aquí —es que decía el gallo—.

Entonces, los diablos (se) llevaron un gran susto y los diablos salieron corriendo en el patio, y cuando pasan donde estaba el perro y es que el perro pegó de brincos y grandes ladridos y les fue a agarrar las canillas.

Bueno. Entonces, todos los diablos salieron del palacio asustados y con la palabra que se fueron retirando y se corrieron diciendo:

— ¿Qué es eso, qué es eso, qué es eso, qué es eso? ¡huy, huy, huy! ¿qué es eso?

Y se corrieron todos los diablos y dejaron el palacio abandonado, así ahora ellos (los animales) son los dueños."

Mateo López. Santiago Chimaltenango.